

CONSIDERACIONES RACIALES ACERCA DEL CHOCO

Noción de raza

Me propongo unos breves apuntes acerca de la raza chocoana, la descripción de los tipos raciales que habitan ese terruño ignorado, lo que es y lo que vale la colectividad étnica que a través de nuestras edades históricas ha venido individualizándose en ese girón tropical, reclinado confiadamente sobre las olas pacíficas de un océano tranquilo que le sirve de límites.

Pero antes de entrar de lleno en las consideraciones que persigo hacer, se impone precisar mi noción de raza, definir lo que entiendo por tal.

Cuando se habla de razas se parte como base fundamental de la existencia de tres grupos principales: melánicos, amarillos y blancos, como si se tratara de definir el concepto por los rasgos externos de la varia coloración de la piel. Parece dársele con esto, se me antoja, un valor esencial a este elemento pigmentario en el contenido de la noción de raza.

Pero, este solo rasgo, este solo carácter por básico y fundamental que sea, fácilmente observable y a la vez un tanto susceptible de modificación al influjo de accidentes climáticos, sí integra de manera absoluta, sí define por sí solo la idea de raza?

Paréceme ciertamente que no. El concepto de raza hace relación a una variedad de caracteres biológicos, antropológicos, psíquicos y físicos de mayor valor específico, de mayor eficacia discriminadora; estables, permanentes, repetidos invariablemente por herencia, fijando así una semejanza inconfundible entre los individuos en que confluyen y se agrupan. Similitud en los tipos y en los grupos que hacinan

la misma diversidad de caracteres y que los hace claramente diferenciables de otros tipos y otros grupos: conformación anatómica peculiar, armazón psíquica propia y semejante, caracteres fisonómicos específicos, he aquí los elementos cuya armoniosa realización en un más o menos extenso grupo de individuos, los caracteriza y define como unidad étnica diferenciada. Antropología, psicología, biología, son, pues, auxiliares imprescindibles de la etnología.

Difícil es actualmente individualizar un grupo así uniforme, que pueda acusar pureza étnica indiscutible. Por eso hoy se habla sólo de razas históricas, productos de un convivir en el tiempo y en el espacio de comunidades humanas más o menos grandes, unificadas por sentimientos, aspiraciones e ideales idénticos, por los azares de las conquistas y los impulsos expansivos que en ellas surgen temporalmente, por los fracasos y éxitos, por las grandezas y decadencias, en fin, por los altibajos vividos colectivamente; de razas artificiales nacidas al influjo de fuerzas externas.

“Cualquiera raza, dice Le Bon, que se considere hoy, sea o no homogénea, por el hecho de ser civilizada y ocupar desde tiempo ha un lugar en la historia, es necesario considerarla como una raza artificial, y no como una raza natural. Razas naturales no se hallan hoy, sino entre los pueblos salvajes. Sólo entre éstos se pueden hallar pueblos exentos de mezclas. La mayor parte de las razas civilizadas son razas históricas”.

Ahora bien: Cuál es el valor intrínseco de cada una de las tres grandes extensiones raciales: blanca, amarilla, negra?

En este punto del análisis se presenta un problema insoluble. Dos apreciaciones antagónicas se mezclan irreductiblemente, imposibilitando la clarificación de la cuestión, ahogando el análisis en discusiones bizantinas: una apreciación inconsistente por su carácter meramente sentimental; la otra de alguna validez, si no científica, al menos experimental. Así, con una altivez que enturbia el juicio, con orgullo irreductible que resta a su lucubración el elemento esencial, la imparcialidad, para que el esfuerzo científico se traduzca en labor realmente creadora, el conde de Gobineau, con gesto autoritario postula la superioridad del elemento blanco, y dentro de él, particulariza selectivamente al grupo ario.

Es posible que su tesis entrañe un fondo de verdad; pero no por ello hay que aceptarla como principio absoluto, incontrovertible, inexorable a toda crítica.

No es posible compartir en su integridad tesis que sienten como

postulado absoluto e irrefutable la existencia de razas privilegiadas, de razas providenciales.

La noción perfilada antes y que aclara mi idea de raza, evidencia la imposibilidad de admitir una igualdad racial en sentido biológico, antropológico, psíquico y físico, como que ya he establecido la función específicamente diferenciadora de estos elementos. Lógicamente, la des semejanza de esos caracteres, existentes entre raza y raza, lleva a la conclusión de una disparidad en el valor intrínseco de los grupos étnicos entre sí. Por consiguiente, sus aptitudes y facultades no podrían, excepcionalmente, contradecir esta visible discriminación, con una desigualdad insubsistente en este aspecto. Pero esta inequivalencia de aptitudes y facultades, estas modalidades distintas que adoptan en su expresión, no entraña necesariamente su inexistencia en determinadas unidades étnicas, en ciertos grupos raciales.

Que existen razas, representadas en núcleos más densos de élites, de mayor potencia creadora, de más fértil entraña genitora, que han vertido más copiosamente al cauce del progreso humano vitalizadas corrientes de mentores insignes, de guías geniales en todos los órdenes de la actividad humana y que estas razas se hallan dentro del elemento blanco, es un hecho cierto, indiscutible.

Pero también lo es, que, cuando esos pueblos comenzaban apenas, muy entradas ya las edades históricas, a crear su hoy llamada civilización occidental, ya en las tierras ignotas y misteriosas de oriente, florecía una cultura de la que apenas se tiene hoy un conocimiento borroso, y que era el reflejo de las concepciones fatalistas de los grandes filósofos y pensadores orientales de raza amarilla; y que la radiante civilización que germinó a orillas del Nilo, esa civilización egipcia —para no citar sino el ejemplo más grandioso— esa civilización egipcia que amamantó las culturas griega y romana, progenitoras de la civilización occidental de que hoy hacen gala los pueblos arios, esa civilización que alumbró los albores de la humanidad, producto fecundo era de la raza negra, de esa misma raza que hoy proscribire Gobineau al establecer con enfático orgullo una severa desigualdad racial, y al afirmar, respecto a las variedades melánicas una impotencia eterna, al señalarles con antelación un estado de inferioridad insuperable como destino trágico emanante de su esencia étnica.

Estos ejemplos bastarían por sí solos a restar su valor absoluto a las tesis gobinistas, demasiado irrestrictas.

Pero atrás he hecho referencia a un fondo de verdad que ellas entrañan, a una base experimental, que halla su razón de ser en el

estado primitivo, cuando no salvaje, de gran parte de las sociedades africanas; en el estado estacionario, por no decir regresivo, y en la marcada decadencia de las que antaño fueron brillantes civilizaciones orientales.

Aún considerando las influencias que sobre ellas pueden ejercer los medios, queda, no obstante, un residuo atribuible a la raza. Atemperados sus principios, sin propósitos demasiado ambiciosos, sin aspiraciones desmedidas, tienen un cierto valor científico que no permite rechazarlos caprichosamente.

El valor específico de las razas no hay que descartarlo de entre los factores explicativos del progreso y desenvolvimiento de los pueblos. Yo alcanzo a ver precisamente en él una de las causas del atraso del Chocó.

LOS GRUPOS RACIALES DEL CHOCO

El tipo Chocoano.—Qué se observa en efecto en el Chocó, desde el punto de vista étnico?

En primer lugar es erróneo hablar en el Chocó de raza negra, identificable por sus rasgos marcados de coloración de la piel y pilosa, talla, índices facial, cefálico y nasal, forma del cabello, etc. Cuando más es aceptable referirse a un tipo chocoano, de caracteres melánicos marcados y en vía apenas de precisarse y definirse bajo la acción de condiciones mesológicas especiales, de usos y costumbres peculiares, de modos de vivir propios.

Aquí los grupos no escaparon a la ley de universalismo fatal de la fusión de razas. La puridad negra se va diluyendo día a día, extinguiéndose casi en un caos étnico.

La concurrencia en el territorio chocoano de innúmeros y discriminados tipos raciales de toda procedencia, al auspicio de un cálido ambiente tropical de incitante lujuria, ha determinado una amalgama inconsistente, sin filiación étnica precisa. Blancos, negros, amarillos, indios, zambos, mulatos, mestizos y cientos de elementos más en mezcla caótica, dificultan la determinación del verdadero territorio étnico del tipo que prospera en el suelo chocoano. El negro puro no cuenta casi como unidad diferenciada, identificable antropológicamente, fácilmente aislable de ese turbión angustioso de cosmopolitismo racial.

Desde el momento mismo en que por obra de las grandes *razzias* fue arrancado el negro a su continente de origen como materia prima, como mercancía fundamental en el comercio de ébano, empezó a fundir

sus caracteres específicos de grupo en una mezcla presagiosa de transformaciones más sustanciales.

Negros procedentes de las regiones intertropicales de la costa occidental de Africa, —Nigeria, Angola, El Congo, etc.— y en menor escala esclavos traídos del oriente africano —Somalia, Mozambique, etc.— se unían sexualmente generando nuevos tipos negros, ya con débiles modificaciones sintomáticas.

Establecidos definitivamente en la región que les señaló su trágico destino, la negra, de ágiles contornos, con el lúbrico hechizo de sus caderas apretadas y fuertes, desenfrenó los ímpetus violentos del amo, que transformados instantes después en espasmódicas contracciones, realizaron el milagro de una nueva semilla germinante en las entrañas fecundas de la esclava.

Así ocurrió en los días oscuros de despotismo patronal; y hoy, la misma mezcla, idéntica amalgama, se opera por procedimientos menos brutales, impositivos y arbitrarios, con nuevos elementos, en uniones que llevan la sanción moral, la de la ley y la de las costumbres.

De este modo han ido desapareciendo los caracteres primigenios de los tipos raciales en contacto. Al influjo, al choque de herencias distintas, se han ido disociando sus rasgos primeros, cediendo cada uno de sí con ademanes transigentes.

Va quedando sólo una huella pálida y borrosa, apenas precisable, de lo que fueron el indio, el negro y el blanco como individualidades etnológicas diferenciadas, en la esencia inasible del tipo chocono que se forma.

El indio.—Moviéndose en el mismo espacio con este núcleo denso existen débiles islotes de indios reacios, inmodificados e inmodificables en su estructura racial primera, indiferentes, extraños, sumidos en apatía profunda, desconectados de la actividad y del comercio humano del terruño.

No cuentan como unidades operantes, como agentes propulsores de modificación y cambio. Retirados en sus bohíos —cuatro o seis pilotes hundidos en tierra, completados arriba con una techumbre pajiza y desabrigados, descubiertos por sus partes laterales— forman agrupaciones de limitada extensión y de miserable aspecto, enclavadas en las orillas de los ríos o en las pequeñas claridades perdidas en las fragosidades del monte.

Sus reducidos caseríos están caracterizados por su situación a distancia de los lugares en que se respira vida urbana. Sugieren la idea de fuga incansable del indio, provocada talvez por el temor a los hom-

bres civilizados. Quizás memoren la tradición que les legaron sus mayores, amuleto invisible de eficacia protectora.

Quizás recuerden el relato sombrío hecho en su dialecto intraducible, al calor de la lumbre fatigada y titilante, a lo largo del cual vieron representados sobre el lienzo insustancial del espacio, a los hombres de poblada barba, de pálido rostro, de altivo penacho, de armadura reluciente y espada relumbrante, que con furor y brutalidad inauditos les arrebataron sus sementeras y sus tesoros. Y busca su protección fuera del comercio de ellos, en la vida apacible y quieta del monte, en la plática idolátrica con sus dioses paganos, en la ignorancia total de todo lo que le circuye.

Quando accidentalmente tropieza con hombres distintos a los de su raza, como ocurre con frecuencia en los mercados sabatinos, se siente intranquilo, inseguro, en un ambiente opresor que lo acobarda e inferioriza. Por eso, cuando una vez terminado el bullicio mercantil, echa su frágil piragua al azar de la corriente en pos de su tambo (bohío) destartalado, sus ojos brillan con regocijadas claridades, porque de nuevo se halla en la tranquila soledad que ilusiona su espíritu.

El tipo chocono que se constituye hoy, no se nutre ya, pues, con la roja savia de la sangre indiana. Su aporte se extinguió con los caprichos impositivos del amo.

Apenas el indio dejó de sentir en sus espaldas el azote del señor, desapareció su raza como manantial de perenne fluír al cauce milagroso en que se opera el surgimiento del nuevo tipo,

Con él se le restaron la astucia y artería, el gesto socarrón, el procedimiento hipócrita, emponzoñado y traicionero, características dominantes suyas. Hoy la india no se entrega al negro, ni al blanco, ni a ningún elemento distinto al propio indio; y a su vez, para éste no existe comercio carnal sino con su india, que con incomparable agilidad oculta sus pudores con los roídos harapos que porta sobre sus carnes cobrizas.

El blanco.—También existe un tipo blanco, el inmigrante que se desplazó de su lar nativo, asfixiado por la pesantez de la atmósfera que respiraba en su terruño natal.

El inmigrante que llega así de Siria, principalmente, y de las regiones más densamente pobladas del interior del país en donde la vida se le hace imposible, en busca de riquezas a esa región de "El Dorado" de nuestra leyenda épica, no porta escrúpulos raciales. Quizás sí, pero una razón de conveniencia le impele a sobreponerse a sus prejuicios activos. *Mezcla su sangre en demagógica convivencia con los elementos*

mestizos, menos distanciados de él desde el punto de vista de la coloración de la piel, engendrando así un nuevo elemento, el llamado tipo blanco, origen de la escisión en castas de la colectividad chocoana.

Este es el fundamento mismo de las pugnas sociales, causa única del arduo problema racial que repercute directamente en la esfera política y el mayor obstáculo para el desenvolvimiento y prosperidad de la tierra.

El negro.—Y por fin milita un tercer elemento, los reducidos islotes de negros puros, un mínimo porcentaje que día a día va abajándose más y más.

Este negro no es un elemento del todo ajeno, indiferente, apático, como el indio. No sustrae completamente su actividad, por lo demás de pequeños alcances creadores, al ritmo lento del progreso de la tierra. Labora en pequeña escala el suelo, despulpa el subsuelo por métodos rudimentarios para asegurar el sustento y se resigna a su vida de rutina sin vislumbres de evolución y cambio.

EL TIPO CHOCOANO Y EL FUTURO DEL CHOCO

Descrito así el panorama étnico que anima y vivifica de humanidad la monotonía del paisaje comarcano, resta sólo hacer la valoración del núcleo poblador más denso numéricamente, más importante desde el punto de vista del porvenir de la tierra: del que se ha llamado chocoano, embrión surgente, germen nuevo resultante del injerto racial.

En abigarrada y artificiosa síntesis resume él una pluralidad de elementos étnicos discrepantes: el indígena, en las vagas porciones que con brutal violencia le arrebató el conquistador; el blanco, en los aportes ínfimos del reducido grupo ibérico que se estabilizó en lejanos tiempos en sus fundaciones del Chocó, y en el creciente tributo que rinde actualmente el sirio que sienta planta en ese suelo, ansioso de fortuna; y el cuantioso del negro, fundamento mismo de la individualidad étnica que se plasma, espeso sedimento, vasta estratificación humana que cimenta el edificio de la nueva raza, savia nutrición del germen racial naciente.

Bajo el denominador común de raza chocoana se conjugan: pálidos matices temperamentales del caribe ardidoso, taimado, fecundo en artificios encubridores, hipócrita, pero batallador, agresivo, corajudo y tenaz; vagarosas pinceladas del temple del español titánico, valiente, emprendedor, y del espíritu mercantilista del oriental, sirio de ascendencia judaica; y tumultuosas corrientes del alma soñadora del negro

melancólico, sentimental emotivo, de lírica y poética entraña que savi-
fica la frondosidad del folklore regional.

La mayor porción del índice racial negro favorece la absorción por éste de los caracteres y facultades de los demás índices raciales concurrentes, sin anular su acción modificadora sobre aquél, determinando un tipo humano que no tiene específicamente, ni de indio, ni de blanco, ni de negro en la puridad de sus caracteres étnicos.

Desintegrados los elementos fundamentales de sus razas de origen en el torbellino disolvente de la mezcla, estos ingredientes étnicos separados, se van refundiendo, por un proceso de reintegración, en una individualidad nueva en vías de consolidación y precisión, con marcada predominancia del elemento negro en sus características fisonómicas y temperamentales.

Indefinido aún en cuanto a su moral y su carácter —ese carácter que resulta “de la combinación en variadas proporciones de los diversos elementos designados con el nombre de sentimientos, de entre los cuales la energía, la perseverancia, la aptitud para dominarse, facultades más o menos derivadas de la voluntad, tienen un papel preponderante”— por la influencia de herencias contrarias en lucha, en el tipo chocoano se perfila, no obstante, la índole del antepasado negro.

Indolente, sensual, imprevisor, ahoga el porvenir en el goce irresponsable de la vida presente.

Ese tipo en formación apenas, acusa rasgos sintomáticos de debilidad e impotencia. La obra de transformación y creación que tiene ante sí, se le antoja superior a sus propias fuerzas. Su actitud frente al pequeño cosmos que le sirve de asiento y de medio circundante, revela una desconcertante carencia de energía, una ausencia de vitalidad y de pujanza. No se ha atrevido a mirarlo fijamente, altivamente, con altivez de dominador inquebrantable.

Inicia vigorosamente el esfuerzo, pero al poco andar vacila, flaquea y se resigna. Hay en él un no sé qué de pesimismo, una desconfianza en su propia valía, que lo avasalla, lo deprime, lo inferioriza, lo aniquila y le crea un trágico destino.

En ese pesimismo se torna indiferente, despreocupado, en un ser meramente pasivo. La intensidad del esfuerzo, de la energía empleada, no ha correspondido en ningún momento a la magnitud de la empresa que tiene ante sí. En la inacción casi se extingue su energía, se debilitan su innegable resistencia física y sus insospechadas facultades mentales.

Sin orientación, ni rumbo fijo, su esfuerzo tiende, a falta de otra mira mejor, a asimilarse al medio, más bien que a adaptarlo a sí propio,

a resistir pasivamente su acción, más bien que contradecir la naturaleza, a dejarse modelar por él, a hacerse su hechura, a supervivir orgánicamente, a adaptarse fisiológicamente.

No lo ha ejercitado en forma de creciente actividad modificadora del medio, de despliegue infatigable de energía transformadora, de fecunda labor de creación vital.

No obstante, ésto, no debe conducir respecto de ese pueblo, al fatalismo pesimista de Le Bon de que “razas diferentes pueden fusionarse, pero su producto, mestizos, es un pueblo inferior, incapaz de crear, ni de continuar una civilización”.

Cuando esta raza se haya modelado definitivamente, cuando se hayan estabilizado con fijeza sus caracteres, cuando la obra tesonera de los siglos, auxiliada por la del medio, la unifiquen en la conciencia de los elevados destinos que indudablemente está llamada a realizar, cuando en el crisol del ideal se cristalice su alma regional, se temple su carácter y su energía, entonces y sólo entonces, ante las miradas absortas de los incrédulos, se realizará el surgimiento de esa tierra privilegiada.

Medellín, junio de 1942

